

Súmame a la Hospitalidad

Reflexiones que sanan



En este número el Servicio de Atención Espiritual y Religiosa (SAER) quiere plantear una reflexión en torno a la Gratuidad. Una palabra que asociamos a ganga, cosa de poco valor, que recibimos con recelo (algo querrán) pero que a su vez está cargada de altruismo, de deseos de compartir sin esperar nada a cambio. ¿Sé dar gratis a los otros? ¿Sé recibir gratis de los demás o desconfío? Con esta reflexión nos despedimos hasta Septiembre, no sin antes desearos un feliz verano.

www.nuestraseñoradelapaz.es

GRATUIDAD-COMPROMISO-COMPARTIR: UN PROCESO

- **Do ut des:** 'doy para que des'. 1. expr. coloq. U. para indicar que la esperanza de la reciprocidad es el móvil interesado de una acción (RAE).
- “Todo es gratuito, este jardín, esta casa, yo mismo. Cuando te das cuenta te huye el corazón y todo empieza a flotar, como el otro día [...]” (Jean-Paul Sartre).

Se puede llegar a entender a Marga Gil Roësset, que está enamorada de Juan Ramón Jiménez, y opta por una orientación vital huyendo, por las razones que solamente ella puede vivenciar, en lugar de abordar con alternativas su situación por la no correspondencia deseada (Cf. Diario de Marga, 2015). Sin hacer más juicios, parece que a Marga no le mueve la gratuidad. Porque es muy posible que “la gratitud no es nunca gratuita” (Alfredo Sauvy).

Ante la sensación difundida en nuestra sociedad de que toda opción y gesto están dominados por la lógica de la compraventa del mercado y del triunfo de la ley de la mayor ganancia posible (**do ut des**), no está mal replantearse el ideal de la gratuidad, fundado en la libertad consciente de las personas, animadas por un amor auténtico, parafraseando a Juan Pablo II.

Hemos ido haciendo de las cosas materiales, cada vez más necesarias, mientras la gratuidad se ha hecho más innecesaria. Para conseguir una sociedad justa y fraterna, “para salir del círculo vicioso, es recomendable el acto gratuito” (Nicanor Parra).

La gratuidad podría ser la moneda de cambio en nuestro mundo desorientado, en el que el cariño y el tiempo compartido, las alegrías y las dificultades,... la vida, no **se comprarían**, sino que **se darían** y se **compartirían**. Con la alegría profunda y sincera de quien encuentra sentido y gusto en el dar y darse a los demás.



Ahora bien, sabemos que es más fácil dar que recibir. Pero la gratuidad ha de ser bidireccional: saber dar y saber aceptar lo que el otro da. Y ¡oh casualidad!, Juan de Dios (Juan Ciudad) se dedicó profesionalmente a la **gratuidad**, y así hacen tantos corazones generosos, tanta gente **comprometida** con los “descartados”, con la **humildad**, de quien se hace pequeño acogiendo y **compartiendo** con las personas empobrecidas, las excluidas, las que sufren indignidad, las que pasan hambre, las que sufren del vacío existencial...

UN RICO ADINERADO

Un rico adinerado entró en una tienda en la que se vendía de todo. Muy decidido le preguntó al que estaba atendiendo:

- ¿Es verdad que aquí venden de todo?
- Sí, señor —respondió tranquilamente el tendero.
- Pues entonces quiero comprar lo que todavía me falta: **alegría, amor y felicidad**.

El tendero, sin ningún problema, entró unos momentos en el almacén. Cuando salió, le puso sobre el mostrador lo que le había pedido. Y mientras lo envolvía le preguntó:

- ¿Es para usted o para regalar a alguien?

El rico adinerado dijo sin dudar:

- Es todo para mí. Yo nunca regalo nada a nadie.

Y el tendero respondió:

- Pues si es así, entonces le costará muy caro.

Pero como para aquel hombre el dinero no era problema, pagó una altísima cantidad de dinero y se marchó. Al día siguiente, volvió nuevamente a la tienda, pero muy enfadado. Porque aquello que había comprado el día anterior se le había gastado enseguida. Con grandes gritos decía que le habían engañado y estafado. Sin embargo, el tendero, con gran serenidad le dijo:

- No se altere, amigo, porque normalmente suelen durar muy poco la felicidad, la alegría y el amor que se compran con dinero. Si realmente quiere alcanzarlos y tenerlos siempre, deberá **desprenderse gratuitamente** de ellos y **regalarlos siempre** que se le presente la ocasión de hacerlo.

Muy contrariado, dijo el rico adinerado:

- Pero si he de regalarlos siempre, los perderé. Me gastaré una fortuna teniendo que venir a comprarlos cada vez que los regalara.

Entonces, el tendero le dijo con una sonrisa:

- ¡Oh, no! Eso no, amigo. Cuando la felicidad, la alegría y el amor se piden para ser regalados, no cuestan nada, son gratuitos. Y, además, **cuanto más entregue de ellos a otras personas, más crecerán en su interior, y más feliz, alegre y lleno de amor se sentirá**. No necesitará volver a la tienda a por más. Parece extraño, pero así lo ha querido su fabricante, y sólo así funcionan. Si no se comparten, se apagan.

José Real Navarro

PARA PENSAR

“Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”

(Mateo 10, 8-9)



EL RINCÓN DEL COLABORADOR

La gratuidad es un regalo de Dios, ¿Por qué no darlo nosotros a otros? Día a día podemos compartir esa gratuidad con una sonrisa, un saludo, tiempo de escucha,...

Cuando uno DA GRATIS y no espera nada a cambio, uno se siente FELIZ porque en el fondo recibe mucho.

A veces uno se da a los demás y no ve los frutos de su acción. Lo importante es darse sin más, si esperas algo quiere decir que no has dado gratis.

Dios es fuente de gratuidad, donde nosotros damos, Él nos va recargando según las necesidades de cada uno.



Begoña Pérez
Auxiliar de la Clínica Nuestra Señora de la Paz